

A diferencia de Cuba desde el triunfo revolucionario de 1959 o incluso del gobierno democrático de la Unidad Popular en Chile entre 1970-73, en Argentina no se puede hablar de una revolución sino más bien un clima triunfalista instalado en amplios sectores sociales acerca de la inminencia o proximidad de la revolución (clima que se ve reforzado por la irrupción de la movilización popular en las calles entre la rebelión popular conocida como el Cordobazo, en mayo de 1969, y el entusiasta período llamado “primavera camporista”, que antecedió la última presidencia de Perón en 1973). Como en la mayor parte del mundo, en Argentina no hubo revolución sino su deseo (extendido e intensivo), la percepción de que se trataba de un destino histórico inevitable, sostenido en –para citar categorías propias de la época– la “necesidad objetiva” de un cambio radical.

USOS DE LA VANGUARDIA

Por otro lado, “vanguardia” es una autodefinición recurrente desde muy distintas posiciones en el campo artístico en ese período para nombrar lo nuevo o lo experimental, aunque se trata de una insistencia que puede resultar llamativa en un contexto internacional en que definir lo experimental o novedoso en términos de vanguardia resulta fuera de época o aparentemente anacrónico.⁶ Una serie de razones pueden explicarlo, entre ellas la reedición de la analogía entre vanguardia artística y vanguardia política: un selecto grupo de choque que “hace avanzar” las condiciones para la revolución (política y/o artística). También la fuerte certidumbre, en algunos núcleos intelectuales, de que los medios para la revolución (política) incluían las conquistas y procedimientos del arte y la teoría contemporáneos. Y la expansión del arte experimental más allá de sus fronteras conocidas, incorporando nuevos procedimientos y materiales que incluían la política.

Para abordar los distintos usos de la categoría “vanguardia” en relación al arte argentino de los sesenta-setenta puede resultar útil la distinción entre –por un lado– la puesta en discusión y redefinición de una categoría teórica (que implica una toma de posición dentro del debate en torno a la teoría de la vanguardia) y las consiguientes posibilidades o límites a la hora de pensar en esos términos estas manifestaciones concretas; y –por otro lado– los empleos “de época” que del término vanguardia hacen los sujetos involucrados en el proceso, cómo recurren a esa noción para caracterizar su posición o construir su identidad. Aceptar la condición vanguardista de todas las producciones experimentales

⁶ Lo señala Rodrigo Alonso en su intervención en: VV. AA. 2003.